

La crisis de la gran coalición en el Parlamento Europeo y su impacto en el sistema político de la Unión Europea

JOSÉ A. DÍEZ VERDEJO

Máster en política europea,

Universidad Libre de Bruselas (ULB)

Resumen

El sistema político de la Unión Europea se ha basado tradicionalmente en el consenso entre los estados miembros y entre democristianos y socialdemócratas, que mantenían una relación de fuerzas equilibrada. En los últimos años, el giro conservador de las sociedades occidentales ha roto el equilibrio propiciando simultáneas mayorías de derecha en las tres instituciones políticas de la Unión: el Parlamento, el Consejo y la Comisión. Este artículo analiza el primer año de la X legislatura del Parlamento Europeo, donde por primera vez se pueden ganar votaciones fuera de la gran coalición entre populares (democristianos), socialdemócratas y liberales. Aunque los tres grupos siguen votando juntos en la mayoría de los casos, ahora el Partido Popular Europeo (PPE) también puede aliarse con la extrema derecha y lo ha hecho en varias votaciones sensibles, provocando la reacción airada del resto. Teniendo en cuenta la naturaleza política de la Unión Europea, la gran coalición resistirá hasta las elecciones europeas de 2029, pero lo hará envuelta en una tensión permanente, en sintonía con la polarización imperante en los sistemas políticos nacionales. La dialéctica izquierda-derecha está ganando terreno en el Parlamento Europeo y hará más difícil la reedición de la gran coalición en la próxima legislatura.

Palabras clave: Unión Europea, Parlamento Europeo, gran coalición, extrema derecha.

Resum

El sistema polític de la Unió Europea s'ha basat tradicionalment en el consens entre els estats membres i entre democratacristians i socialdemòcrates, que mantenien una relació de forces equilibrada. Els últims anys, el gir conservador de les societats occidentals ha trencat l'equilibri i ha propiciat simultànies majories de dreta en les tres institucions polítiques de la Unió: el Parlament, el Consell i la Comissió. Aquest article analitza el primer any de la X legislatura del Parlament Europeu, on per primera vegada es poden guanyar votacions fora de la gran coalició entre populars (democratacristians), socialdemòcrates i liberals. Encara que els tres grups continuen votant junts en la majoria dels casos, ara el Partit Popular Europeu (PPE) també pot aliar-se amb l'extrema dreta i ho ha fet en diverses votacions sensibles, la qual cosa ha provocat la reacció irada de la resta. Tenint en compte la naturalesa política de la Unió Europea, la gran coalició resistirà fins a les eleccions europees de 2029, però ho farà amb una tensió permanent, en sintonia amb la polarització imperant en els sistemes polítics nacionals. La dialèctica esquerra-dreta està guanyant terreny en el Parlament Europeu i farà més difícil la reedició de la gran coalició en la pròxima legislatura.

Paraules clau: Unió Europea, Parlament Europeu, gran coalició, extrema dreta.

Abstract

The political system of the European Union has traditionally been based on a consensus among member states and between Christian Democrats and Social Democrats, who were in broad terms equally powerful. In the last years, the conservative wave in Western societies has broken this balance, leading to right-wing majorities in all three political institutions of the Union: Parliament, Council and Commission. This essay examines the first year of the 10th parliamentary term of the European Parliament, where for the first time it is possible to win votes outside the grand coalition of the European People's Party (EPP, Christian Democrats), Social Democrats and Liberals. The three political groups continue to vote together most of the times. However, the EPP can now also join forces with the far right, which

it has done several times, triggering anger among the rest. Considering the political nature of the EU, the grand coalition is likely to survive until the 2029 European elections, although in permanent tension, as is the case in the highly polarised national political systems. The left-right divide is more and more present in the European Parliament and may hinder the renewal of the grand coalition in the next parliamentary term.

Key words: European Union, European Parliament, grand coalition, far right.

Sumario

- I. Introducción: la ruptura del consenso
- II. La naturaleza política de la Unión Europea
- III. Un año de alta tensión en el Parlamento Europeo
- IV. La crisis de la gran coalición en el horizonte 2029
- V. Conclusión
- VI. Bibliografía

I. Introducción: la ruptura del consenso

La Unión Europea nació en la posguerra mundial con la principal misión de evitar un nuevo conflicto bélico. Ello explica la preeminencia de la cultura del consenso entre los estados miembros y entre las grandes familias de partidos, democristianos y socialdemócratas, con el apoyo habitual de los liberales. La Unión Europea es un sistema político transnacional y bicameral: los estados acuerdan las prioridades en el Consejo Europeo¹ y toman decisiones en las diferentes formaciones del Consejo de la Unión Europea,² que actúa como cámara de representación de intereses territoriales; los partidos políticos organizan grupos afines para defender sus ideas en el Parlamento Europeo, colegislador con el Consejo según el procedimiento legislativo ordinario.

Populares (democristianos) y socialdemócratas han estado siempre bien representados en el Consejo, dada la alternancia habitual en los sistemas políticos nacionales. Por ejemplo, era frecuente que un presidente socialista francés y su gobierno tuvieran que entenderse con un canciller democristiano alemán y sus ministros, como fue el caso de François Mitterrand y Helmut Kohl, o viceversa, como Jacques Chirac y Gerhard Schröder. De esta forma, el pilotaje de la Unión Europea estaba ideológicamente equilibrado. Sin embargo, en los últimos años, el giro conservador de Occidente ha desequilibrado la balanza en favor de populares y derechas de distinto signo. Su mayoría en los gobiernos nacionales es abrumadora, lo que se refleja directamente en las sesiones del Consejo. Con todos los matices que impone su misión institucional, la Comisión Europea tampoco puede escapar a esa realidad, dado que se compone de un comisario de cada estado propuesto por su gobierno nacional.

Siguiendo la tónica occidental, los ciudadanos de la Unión manifiestan una profunda desconfianza hacia las instituciones y partidos

1 Compuesto por su presidente, los jefes de estado o de gobierno de los 27 estados miembros y el presidente de la Comisión Europea.

2 También conocido como Consejo de Ministros o simplemente Consejo, reúne a un ministro de cada estado miembro.

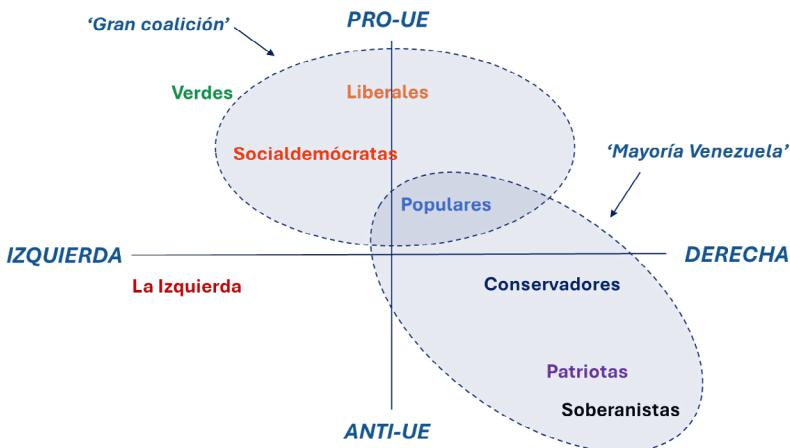
que los han gobernado en las últimas décadas. Esto ha originado un aumento del apoyo a partidos críticos con el sistema, la mayoría de ellos ubicados en el extremo derecho del espectro político. Según las encuestas, los partidos de extrema derecha ocupan ya la primera posición en intención de voto en once países de la Unión Europea donde viven tres cuartas partes de la población: Alemania, Francia, Italia, Polonia, Rumanía, Holanda, Bélgica, Chequia, Hungría, Austria y Letonia (Varela, 2025).³ Como ocurre en los parlamentos nacionales, las voces antisistema y anti-UE están cada vez más presentes en la eurocámara. Entre los partidos de la gran coalición, los populares resisten por encarnar la estabilidad y por haber endurecido su posición en inmigración. Socialdemócratas y liberales han perdido mucho terreno y si mantienen capacidad de influencia en el Parlamento Europeo es gracias al sistema de elección proporcional y a las dificultades que tiene el PPE para pactar con las fuerzas antisistema.

Como resultado de este proceso de derechización, desde las elecciones europeas de junio de 2024, por primera vez es posible formar una mayoría en el Parlamento Europeo excluyendo a uno de los dos grandes partidos, en este caso a los socialdemócratas. La alternativa matemáticamente viable es una alianza de todas las derechas encabezada por el PPE. Por tanto, los populares tienen el privilegio de poder elegir entre ganar las votaciones con la consuetudinaria gran coalición –sumando 399 escaños sobre 719–,⁴ o ganarlas con la «mayoría Venezuela», unión de todas las derechas que cuajó en la moción de condena al régimen de Maduro (379 escaños).

3 El autor cita *Politico* como fuente: <<https://www.politico.eu/europe-poll-of-polls/>>.

4 El Parlamento debería contar con 720 eurodiputados pero el escaño de Toni Comín, elegido en la lista Junts-UE, está vacante, al no haberse presentado a recoger el acta por estar huido de la justicia española. La Ley orgánica del régimen electoral general (LOREG) obliga a los eurodiputados electos a jurar o prometer la Constitución ante la Junta Electoral Central, que tiene su sede en el Congreso.

LAS DOS MAYORÍAS PARLAMENTARIAS POSIBLES EN LA EUROCÁMARA 2024-2029 Y LOS DOS EJES DEL SISTEMA POLÍTICO DE LA UNIÓN EUROPEA⁵



El artículo diagnostica el estado de la gran coalición proeuropeísta tras el primer año de la X legislatura del Parlamento Europeo⁶ y pronostica el impacto de lo ocurrido estos meses en el sistema político de la Unión Europea. Para ello, repasa brevemente la historia y naturaleza política de la Unión Europea. Teniendo en cuenta las especificidades del sistema y los acontecimientos de este primer año, el artículo prevé una tensa continuidad de la gran coalición durante el resto de la legislatura y presenta los dos escenarios más probables tras las elecciones europeas de 2029.

5 Fuente: elaboración propia, adaptación de Hix y Lord, 1997.

6 Las legislaturas del Parlamento Europeo se cuentan a partir de las primeras elecciones europeas (1979).

II. La naturaleza política de la Unión Europea

En las democracias representativas los candidatos se presentan normalmente por partidos políticos que proponen un programa de gobierno. Al votar, los ciudadanos eligen a sus representantes y las políticas que estos deberían poner en práctica si llegan al gobierno. Para el buen funcionamiento del sistema es fundamental que haya «consentimiento de los perdedores», en la terminología de Anderson *et al.* (2005); es decir, que aquellos ciudadanos que no han apoyado al partido vencedor acepten la derrota con la esperanza de que en el futuro un partido de su preferencia llegue a gobernar o al menos a influir en la acción de gobierno. Esto enlaza con la concepción clásica según la cual solo existe una democracia cuando se puede elegir entre políticos y políticas públicas que compiten entre sí y hay una cierta posibilidad de alternancia (Schumpeter, 2008).

Con este esquema en mente, suele decirse que el proyecto de construcción europea adolece de un déficit democrático. En sus más de setenta años de historia son muchos los argumentos que se han esgrimido para explicar los síntomas de ese supuesto déficit y sus posibles soluciones. Entre las causas, se ha destacado el excesivo protagonismo del poder ejecutivo sobre el legislativo, la desconexión entre eurodiputados y ciudadanos, el hecho de que las elecciones europeas sean en realidad elecciones nacionales de segundo orden y las dificultades del sistema para cambiar políticas impopulares como la austeridad económica o una política de inmigración abierta (Hix, 2008). Muchas de las soluciones propuestas ya se han puesto en práctica, como la elección directa de los eurodiputados o un mayor poder para el Parlamento Europeo, tanto en la elección y censura de la Comisión como en la producción legislativa. Sin embargo, autores como Simon Hix han argumentado que el déficit democrático solo se resolverá si los ciudadanos perciben una diferencia sustancial entre los programas de los distintos candidatos a las elecciones europeas y existe un efecto directo entre su voto y el nombramiento de los gobernantes. De este modo, habría elección entre opciones diferentes y el ganador sería el

encargado de ejercer el poder (Hix y Høyland, 2022). Esto implicaría, por ejemplo, dar a los grupos del Parlamento –en lugar de al Consejo Europeo– la iniciativa en la elección de la presidencia de la Comisión, y darle a este cargo potestad para elegir su colegio de comisarios sin la intromisión de los gobiernos nacionales. El programa político de la Comisión reflejaría las prioridades de la mayoría parlamentaria.

Esta argumentación aplica la lógica de la política nacional al ámbito europeo y ha sido contestada por quienes creen que la Unión Europea es algo completamente distinto y no debe mirarse en el espejo de los estados. Hay quien considera que la Unión Europea ha de concentrar sus energías en la regulación del mercado único, sin dispersarse en políticas que generan ganadores y perdedores. La «parlamentarización de la Comisión» comprometería su credibilidad sin reforzar su legitimidad democrática (Majone, 2002). El problema es que las decisiones de la Unión Europea no son asépticas. Algunas tienen un impacto redistributivo mayor, con indudables ganadores y perdedores.⁷ Otras tienen una importante carga ideológica, como las de inmigración y asilo,⁸ vectores del agitado debate identitario, que no puede resolverse de manera neutral. En definitiva, si bien es cierto que la Unión Europea no avanza hacia los Estados Unidos de Europa como quisieran los federalistas, tampoco puede analizarse como un simple mercado regulable según el interés general.

¿Dónde situamos pues a la Unión Europea? ¿Con qué conceptos podemos entenderla y analizarla? La Unión Europea tiene todos los ingredientes de un sistema político y es lógico que se le apliquen los conceptos habituales de la ciencia política. Sin embargo, es un sistema político transnacional, a mitad de camino entre un estado federal y una organización internacional de estados soberanos. Este carácter híbrido obliga a ciertos matices y es fuente de malentendidos. También suele

7 El recién inaugurado debate sobre el marco financiero plurianual 2028-2034 es el ejemplo más evidente que vamos a vivir en breve.

8 En 1999, el Tratado de Ámsterdam introdujo importantes modificaciones en justicia e interior y la UE empezó a legislar en estas áreas, donde se han adoptado numerosos reglamentos y directivas.

aprovecharse para interpretaciones interesadas: quienes sueñan con un superestado europeo la critican por no ajustarse al patrón nacional y los enemigos de ceder soberanía exageran su ineficacia, soslayando éxitos evidentes.

Para complicar el análisis, en los últimos veinte años la Unión Europea ha encadenado numerosas crisis que la han instalado en la excepcionalidad permanente: el no francés y holandés al proyecto de constitución europea (2005), la crisis financiera y sus repercusiones económicas (desde 2008), la crisis de los refugiados (2015-2016), la pandemia de coronavirus (2020-2022) y la guerra de agresión de Rusia contra Ucrania (desde 2022), entre otras muchas de diferente grado. El polvorín de Oriente Medio, la pujanza demográfica y migratoria de África y la rivalidad comercial con China y Estados Unidos son otros fenómenos que van a seguir ocupando el debate público en los próximos años y sobre los cuales es difícil predecir la posición de los actores políticos con los moldes tradicionales.

A pesar del acelerado siglo xxi, en la construcción europea sigue pesando mucho la historia del siglo xx. Es un proyecto de más de setenta años que se ha ido esculpiendo según las circunstancias políticas, económicas y sociales de cada momento. Arranca con la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), ideada por Jean Monnet después de la Segunda Guerra Mundial para evitar que Alemania y Francia volvieran a enfrentarse. La CECA empezó a funcionar en 1952 y cinco años después el proyecto se expandió a otros sectores con los Tratados de Roma, constitutivos de la Comunidad Económica Europea (CEE) y de la Comunidad Europea de la Energía Atómica (CEEA o Euratom). Los estados miembros pasaron de 6 a 27 tras varias ampliaciones y la salida del Reino Unido en 2020. En ejercicio de su soberanía y por unanimidad, han reformado los tratados en varias ocasiones, de manera que la Unión Europea, como se denomina desde 1993, ha asumido más poder y en más áreas de gestión.

Al ser parte integral del proyecto, el Parlamento Europeo también tiene su origen en 1952, cuando se reunió por primera vez la Asamblea

Parlamentaria de la CECA. En 1958 se fusionó con las asambleas parlamentarias de la CEE y de la Euratom. Hasta 1979 se nutría de diputados de los parlamentos nacionales, que compatibilizaban sus funciones en la política nacional y en la esfera europea, donde su papel era consultivo. Las elecciones de junio de 1979 marcan un hito en la historia del Parlamento, al ser las primeras en las que los ciudadanos votarán directamente a sus representantes y estos acabarán dejando sus funciones en la política nacional para dedicarse de lleno a la comunitaria. Este cambio impulsó una reflexión sobre las funciones del Parlamento, que irá ganando peso en todas las reformas de los tratados entre 1987 y 2009.

Una construcción por fases y en función de las circunstancias ha ido generando un sistema político híbrido, que podríamos asemejar a un vehículo de tres motores. La Unión Europea tiene competencias y procesos de decisión muy distintos según el área de que se trate:

- Donde la Unión Europea es más fuerte se parece bastante a un estado federal. En efecto, ningún Estado miembro (*federado*) puede devaluar ya su moneda, imponer aranceles propios o definir su política agraria. Cuando la Unión Europea funciona con el motor federal, la Comisión y el Banco Central Europeo tienen el máximo protagonismo. Los estados mantienen capacidad de influencia y el Parlamento no tiene un papel muy relevante.
- Donde la Unión Europea es menos fuerte se parece a una organización internacional clásica, donde todos los miembros han de estar de acuerdo para que las decisiones salgan adelante. Los estados mantienen su derecho de veto en asuntos exteriores, defensa, fiscalidad directa y justicia penal, entre otras áreas. Con el motor de organización internacional, la Comisión tiene una función de coordinación y el Parlamento ha de conformarse con emitir su opinión.
- Entre esos dos extremos tenemos el motor de la codecisión entre el Parlamento y el Consejo, el que hace de la Unión Europea una organización única, tan alejada de los estados federales como de las

organizaciones internacionales. En 2009, el Tratado de Lisboa hizo de la codecisión el procedimiento legislativo ordinario. Con este método se legisla el mercado interior, inmigración, medio ambiente, transporte y energía, entre otras áreas.

Vamos a detenernos en la codecisión por el papel protagonista que tiene el Parlamento. El proceso legislativo empieza cuando la Comisión, a menudo como respuesta a una petición del Consejo Europeo, propone un texto legislativo en forma de reglamento o directiva. El Consejo de Ministros y el Parlamento adoptan sus propias versiones del texto. Para que la legislación quede adoptada, las dos cámaras han de ponerse de acuerdo en un texto común. Estas negociaciones informales se conocen como *trílogos*, ya que la Comisión también participa en ellas para facilitar el acuerdo y asegurarse de que el texto final no se aleja demasiado de su propuesta inicial.⁹ El texto adoptado se convertirá en ley nacional de manera inmediata (en el caso de los reglamentos) o tendrá que ser transpuesto al derecho nacional en un plazo de dos a tres años (en el caso de las directivas).

Si nos fijamos en todo el proceso legislativo desde que la Comisión presenta una propuesta hasta que el texto final integra el corpus jurídico de los estados miembros, podemos concluir que la codecisión es un auténtico *milagro* político. Si ya es sumamente difícil poner de acuerdo al Consejo y al Parlamento, no lo es menos llegar a una mayoría dentro de cada una de las dos cámaras. Cada vez que se negocia un texto legislativo es necesario formar una coalición de estados –en el Consejo– y otra de grupos políticos –en el Parlamento–. Esto aleja el sistema político europeo de la lógica de izquierda-derecha y gobierno-oposición típica de los sistemas parlamentarios nacionales.

Antes de participar en un *trílogo*, el embajador del país que ejerce la presidencia semestral del Consejo habrá tenido que consensuar una posición de negociación con los otros 26 estados miembros. En

⁹ Aunque no lo ejerza casi nunca, la Comisión tiene el poder de retirar el texto y poner fin al proceso antes de su adopción si no le convence la dirección que toman las negociaciones entre el Parlamento y el Consejo.

los *trílogos* negociará en nombre del Consejo sabiendo que, en caso de alejarse demasiado de su mandato, el texto acordado podría no reunir la mayoría cualificada en la votación final.¹⁰ El Consejo es una cámara territorial muy especial, donde los acuerdos y las discrepancias responden casi siempre a criterios nacionales, sin importar demasiado el color político de los ministros. Con una cultura política de organización internacional, gestada cuando la unanimidad era necesaria para casi todas las decisiones, la presidencia del Consejo hace todos los esfuerzos posibles por acomodar la posición de todos los estados miembros.

En paralelo, el eurodiputado que ejerce la función de ponente habrá tenido que consensuar con los grupos políticos la posición del Parlamento. Aunque la unanimidad nunca haya estado en la cultura política del Parlamento y la mitad de los votos baste para adoptar una medida, los ponentes también buscan el consenso más amplio posible. Además, cada grupo político es en sí mismo una coalición de delegaciones nacionales, por lo que la negociación empieza dentro del propio grupo, donde a menudo también se enfrentan intereses nacionales contrapuestos.¹¹

En definitiva, el consenso histórico posterior a la Segunda Guerra Mundial y la necesidad de un acuerdo transversal para sacar adelante los textos legislativos han propiciado a la gran coalición una sólida estabilidad durante más de siete décadas, tanto en el Consejo como en el Parlamento. El eje proeuropeísmo-antieuropeísmo ha primado sobre el eje izquierda-derecha, lo cual ha facilitado el trabajo a una coalición proeuropeísta tradicionalmente muy mayoritaria.

10 El tratado fija la mayoría del Consejo en el 55 % de los estados (actualmente 15 sobre 27) representando al menos al 65 % de la población (293 millones sobre 450).

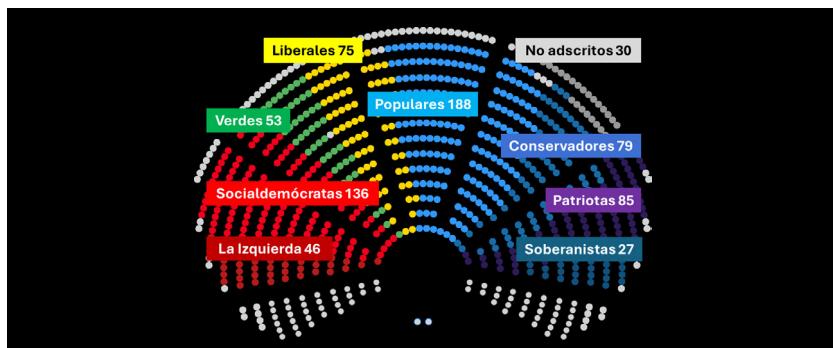
11 A medida que el Parlamento ha ido ganando poder, los grupos han conseguido que sus eurodiputados acaten cada vez más la disciplina de voto gracias a un sistema de control que incluye un diputado *látigo* (*whip*, en inglés) y sanciones a quienes no sigan la orden de voto de la dirección.

III. Un año de alta tensión en el Parlamento Europeo

Desde las primeras elecciones en 1979, el Parlamento Europeo ha reproducido el bipartidismo que regía en la mayoría de los estados miembros. Los populares han sido históricamente los que más escaños han sumado, seguidos de cerca por los socialdemócratas, que les superaron en la década de los 1990. Sin embargo, la crisis del bipartidismo ha llegado también a Estrasburgo: en los últimos veinte años, los dos grandes partidos han perdido casi veinte puntos en porcentaje de escaños, pasando del 64 % tras las elecciones de 2004 al 45 % en las de 2024. La eurocámara se ha fragmentado, lo cual ha dificultado la formación de una mayoría suficiente, que ahora ha de ser necesariamente multicolor.

El gran vencedor de las elecciones de 2024 fue el grupo del Partido Popular Europeo (demócrata-cristianos), no por los seis escaños que sumó sino por pasar a ocupar el centro de la cámara. Ya no hay mayoría parlamentaria posible, dentro de los límites de la lógica política, que no pase por el grupo popular.

DISTRIBUCIÓN DE ESCAÑOS POR GRUPOS POLÍTICOS EN EL PARLAMENTO EUROPEO¹²



12 Fuente: elaboración propia con datos oficiales a 1 de octubre de 2025: <<https://www.europarl.europa.eu/meps/en/search/advanced>>. La composición de los grupos sufre frecuentes variaciones menores.

En sintonía con su pérdida de poder nacional, el grupo de la Alianza Progresista de Socialistas y Demócratas (S&D) perdió 18 escaños y se quedó en 136. Los liberales (grupo Renovar Europa), pasaron de 108 a 79,¹³ acusando la pérdida de apoyo a Emmanuel Macron en Francia y la desintegración de Ciudadanos en España. El grupo de Los Verdes / Alianza Libre Europea pasó de 74 a 53, a pesar de seguir incluyendo a diversos partidos regionalistas y nacionalistas de izquierda como Esquerra Republicana de Catalunya, Compromís o el Bloque Nacionalista Galego. El grupo de la izquierda en el Parlamento Europeo, GUE/NGL,¹⁴ se mantuvo estable, aunque reforzado gracias a la incorporación de los ocho eurodiputados del difícilmente clasificable Movimiento 5 Stelle (Movimiento 5 Estrellas).

Los escaños que desalojaron socialdemócratas, liberales y verdes los ocupó la extrema derecha en sus tres versiones. La más moderada, con 79 eurodiputados, se encuadra en el Grupo de los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR en sus siglas en inglés). Se trata de una coalición de Fratelli d'Italia, el partido de la primera ministra Giorgia Meloni, que es el más constructivo a la derecha del PPE, y Prawo i Sprawiedliwość (Ley y Justicia), fundado por los gemelos Kaczyński, que gobernó Polonia hasta 2023 y es bastante más radical. Les une su apoyo a Ucrania contra la agresión rusa. La extrema derecha más numerosa es la del grupo de los Patriotas por Europa (PfE en sus siglas en inglés), con 85 diputados. PfE está liderado por el francés Rassemblement National (Agrupación Nacional), de Marine Le Pen, y Fidesz (Fiatal Demokraták Szövetsége, Alianza de Jóvenes Demócratas), del primer ministro húngaro, Viktor Orbán. A diferencia de ECR, PfE vota en contra de la mayoría de decisiones, emplea un tono agresivo contra la Comisión y se alinea con Rusia de manera más o menos explícita según momentos y delegaciones. Aquí se integran ahora los seis eurodiputados de Vox, que

13 Desde que se constituyó el Parlamento en julio de 2024 han perdido cuatro.

14 GUE/NGL es una herencia de su anterior denominación: Izquierda Unitaria Europea (en sus siglas en francés) / Izquierda Nómada Europea (en sus siglas en inglés). Actualmente incluye dos eurodiputadas de Podemos, una de Sumar y uno de EH-Bildu.

durante la pasada legislatura era una delegación de ECR. Finalmente, la extrema derecha más radical y minoritaria forma el grupo Europa de las Naciones Soberanas (ESN, en inglés), con 27 eurodiputados, 15 de ellos de Alternative für Deutschland (Alternativa para Alemania).

Con este reparto de escaños, cuando en junio de 2024 el Consejo Europeo propuso a Ursula von der Leyen como candidata a presidenta de la Comisión Europea, esta no tuvo más remedio que cortejar a cinco grupos políticos para asegurarse los 360 apoyos necesarios. No podía arriesgarse a una votación ajustada como la de 2019, cuando nueve votos menos le habrían cerrado las puertas de la presidencia. La negociación a cinco bandas dio sus frutos y en julio Von der Leyen lograba el apoyo de 401 eurodiputados frente a 284 y 15 abstenciones. Aunque el voto fue secreto, no es arriesgado estimar que obtuvo el apoyo de populares, socialdemócratas, liberales, algunos verdes y los conservadores de Fratelli d'Italia. Lo que podría parecer una coalición sólida no lo es. Al tener que hacer cesiones para recabar el apoyo de cinco grupos, ninguno de ellos quedó plenamente satisfecho y su disciplina interna se vio afectada. Casi la cuarta parte de sus diputados decidió no apoyar la candidatura de Von der Leyen. Además, los equilibrios en las negociaciones sentaron las bases de algunas incoherencias programáticas que seguirán dando problemas durante el resto de la legislatura.

Conscientes de que el PPE podría sumar fuera de la gran coalición, socialdemócratas y liberales intentaron aplicar el *cordón sanitario* a los tres grupos de la extrema derecha desde el inicio de la legislatura. En la elección de los presidentes y vicepresidentes de las comisiones parlamentarias, los populares vetaron a patriotas y soberanistas pero no a los conservadores, que pudieron acceder a los puestos correspondientes a su 11 % de representación en la cámara. Quedaba claro que el PPE colaboraría libremente con ECR cuando lo considerara conveniente. Aunque marcando distancias, pronto empezó a colaborar también con los patriotas y los soberanistas en decisiones sobre la agenda del Pleno, lo cual provocó la protesta de socialdemócratas y

liberales. La mayoría alternativa de derechas se visualizó por primera vez tres meses después de las elecciones, cuando el PPE y los tres grupos de la derecha dura aprobaron la resolución condenando el fraude electoral orquestado por el régimen de Nicolás Maduro y reconociendo a Edmundo González como presidente legítimo de Venezuela.¹⁵ La resolución salió adelante con el apoyo de 309 eurodiputados contra 201, con 12 abstenciones. Nacía así la «coalición Venezuela», que demostró que las derechas podían ponerse de acuerdo y sumar, dejando fuera al resto.

Un mes después se dio otro caso de gran valor simbólico que podría tener repercusiones en asuntos de inmigración y asilo durante el resto de la legislatura. Negociando la resolución política sobre el presupuesto de la Unión para 2025, los soberanistas introdujeron una enmienda pidiendo que el presupuesto de la Unión Europea financiara barreras físicas en las fronteras (muros, alambradas y similares). Los soberanistas tomaron la frase literalmente de una ponencia del PPE para obligar a los populares a apoyarla junto a patriotas y conservadores. La enmienda no tenía ninguna consecuencia práctica en una resolución política. Salió adelante con los votos en contra de socialdemócratas, liberales, verdes y extrema izquierda, que por ello votaron en contra del texto completo y este no se adoptó.¹⁶ El mensaje al PPE fue claro: coquetear con la extrema derecha bloquea la gran coalición. Esta amenaza flota actualmente sobre varios textos en discusión, incluido el inminente marco financiero plurianual 2028-2034.

La fragilidad de la gran coalición se hizo evidente en noviembre de 2024 cuando hubo que elegir al colegio de comisarios. Cada candidato a comisario designado por su gobierno ha de pasar una audiencia ante la comisión parlamentaria correspondiente en la eurocámara.

15 Resolución del Parlamento Europeo, de 19 de septiembre de 2024, sobre la situación en Venezuela (2024/2810(RSP)): <https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/TA-10-2024-0013_ES.html>.

16 Los tres grupos de la derecha dura, una vez aprobada la enmienda sobre infraestructuras de frontera, votaron en contra del texto final, ya que recogía mayoritariamente los puntos de vista de la gran coalición.

Tradicionalmente, el Parlamento aprovecha esta ocasión para sacar músculo y vetar a uno o dos candidatos por su falta de conocimientos, opiniones controvertidas o incompatibilidad con actividades previas. En este caso, socialdemócratas y populares trasladaron la tensión de la gran coalición al proceso de aprobación de los comisarios, sin importar demasiado los perfiles ni la actuación de los candidatos. Los socialdemócratas habían anunciado que no apoyarían a ningún candidato de la extrema derecha, lo que implicaba vetar a los candidatos italiano y húngaro. Por su parte, el PPE amagó con vetar a la candidata española, Teresa Ribera, entonces ministra para la Transición Ecológica, en medio de la refriega política en torno a las inundaciones de octubre de 2024 en Valencia.

Socialdemócratas y populares acabaron levantando sus vetos, pero aun así la Comisión Von der Leyen II salió elegida por solo 25 votos de margen; obtuvo el 54 % de los votos válidos (370 de 688). Este voto sí es público: populares, socialdemócratas, liberales y los conservadores italianos de Meloni apoyaron a la nueva Comisión (todos ellos tenían compañeros en el colegio de comisarios). A ellos se sumaron la mitad de los verdes. Los 282 votos en contra vinieron de los patriotas, los conservadores no italianos, los soberanistas y las delegaciones polaca y española del PPE –esta última para no apoyar a Teresa Ribera–. Para entender el vuelco de la política europea en el último cuarto de siglo, solo hay que recordar que en 1999 la Comisión Prodi consiguió el 87 % de los votos de los eurodiputados y cinco años después la Comisión Barroso I el 72 %.¹⁷ La cultura del consenso se está desintegrando.

El colegio de comisarios es por necesidad un gobierno de coalición, ya que cada Estado miembro suele proponer un candidato de su color. Como el mapa político de la Unión Europea era marcadamente conservador, la Comisión elegida en 2024 tiene quince miembros populares,¹⁸ cinco

17 Datos obtenidos en <https://www.europarl.europa.eu/news/en/press-room/20191121IPR67111/parliament-elects-the-von-der-leyen-commission>.

18 Ursula von der Leyen (Alemania), Henna Virkkunen (Finlandia), Valdis Dombrovskis (Letonia), Dubravka Šuica (Croacia), Wopke Hoekstra (Países Bajos), Andrius Kubilius (Lituania), Jozef Síkela (Chequia), Maria Luís Albuquerque (Portugal), Magnus Brunner (Austria), Jessika

liberales,¹⁹ cuatro socialdemócratas,²⁰ un conservador,²¹ un patriota²² y un independiente.²³ Es decir, más de la mitad de los miembros de la actual Comisión Europea son del PPE, una quinta parte liberales y una sexta parte socialdemócratas.

El voto favorable del Parlamento a esta Comisión conservadora solo fue posible gracias al acuerdo de legislatura alcanzado por las tres fuerzas de la gran coalición después de la agitación vivida en las audiencias de los comisarios. Los líderes de los tres grupos, Manfred Weber (PPE), Iratxe García Pérez (S&D) y Valérie Hayer (liberal) se comprometieron a trabajar juntos en una plataforma proeuropeísta para sacar adelante las reformas propuestas por Von der Leyen en el debate de investidura.

Un análisis cuantitativo del voto de los tres grupos durante los primeros doce meses de legislatura muestra que el acuerdo se está cumpliendo. Populares, socialdemócratas y liberales han votado juntos en el 88 % de los votos nominativos, un porcentaje muy similar al 90 % de la pasada legislatura.²⁴ Solo en el 6 % de los votos nominativos el PPE se alió con los conservadores en contra de los socialdemócratas y en la mayoría de los casos fueron votaciones de valor político, no legislativo. Otro análisis cuantitativo²⁵ de los votos entre julio de 2024 y mayo de 2025 había revelado la misma tendencia. El PPE había votado con los liberales en el 88 % de las veces y con los socialdemócratas en el 79 %. Solo había coincidido con los patriotas en el 36 % y con los soberanistas

Roswall (Suecia), Piotr Serafin (Polonia), Ekaterina Zaharieva (Bulgaria), Apostolos Tzitzikostas (Grecia), Christophe Hansen (Luxemburgo) y Costas Kadis (Chipre).

19 Kaja Kallas (Estonia), Stéphane Séjourné (Francia), Michael McGrath (Irlanda), Hadja Lahbib (Bélgica) y Marta Kos (Eslovenia).

20 Teres Ribera (España), Roxana Mînzatu (Rumanía), Dan Jørgensen (Dinamarca) y Glenn Micallef (Malta).

21 Raffaele Fitto (Italia).

22 Olivér Várhelyi (Hungria).

23 Maroš Šefčovič (Eslovaquia).

24 Datos publicados por *Politico* el 18 de septiembre de 2025: <<https://www.politico.eu/article/epp-far-right-data-socialists-democrats-policy-eu-politics-centrist/>>.

25 <<https://eumatrix.eu/en/blog/Report-Coalitions-and-legislative-trends-in-the-new-fragmented-European-Parliament>>.

en el 29 %, es decir, mucho más raramente incluso que con la extrema izquierda (50 %). A pesar de la sintonía aparente con los conservadores, el PPE solo había votado con ellos la mitad de las veces (52 %).

Por tanto, el comportamiento de voto de los grupos políticos no refleja la crisis de la gran coalición, evidente como hemos visto desde la constitución de los órganos de la cámara, en las audiencias de los comisarios y en numerosas sesiones plenarias. En el debate sobre el estado de la Unión de septiembre de 2025, la líder de los socialdemócratas, Iratxe García Pérez, acusó al líder de los populares, Manfred Weber, de ser el responsable directo de que la plataforma proeuropeísta no estuviera funcionando. Podríamos decir que, si bien no hay una crisis cuantitativa de resultados, sí hay una crisis cualitativa en la relación entre los grupos de la gran coalición, que no muestran la serenidad ni la confianza mutua necesarias para que esta funcione sin sobresaltos. ¿Por qué consideran socialdemócratas y liberales que la gran coalición no está funcionando cuando nueve de cada diez votos salen adelante? Pueden apuntarse al menos dos razones, una aplicable a la política contemporánea en general y otra particular del fenómeno analizado.

Por un lado, la política está cada vez más cargada de simbolismo y se está convirtiendo en una escenificación de discrepancias en detrimento del acuerdo pragmático que había marcado el proceso de construcción europea durante décadas. Si la Unión Europea se había caracterizado históricamente por la necesidad de superar las divergencias sacrificando lo menos para obtener lo más, hoy en día se ha contagiado inevitablemente de la política-espectáculo donde el gesto pesa más que el contenido. El alineamiento del PPE con la extrema derecha en un punto de la agenda cuenta más que cien votos consensuados dentro de la gran coalición porque es mejor mensaje polarizador. El ritmo infernal que imponen las redes sociales a los medios y a los políticos contribuye a la radicalidad y superficialidad de los mensajes, que se multiplican pensando en el efecto inmediato sin el análisis más elemental.

La segunda razón de la crisis de la gran coalición está directamente relacionada con la situación y estrategia de la socialdemocracia en Europa. Tradicionalmente fuerza de gobierno acostumbrada a alternarse con los populares tanto en los Estados miembros como en la Unión Europea, actualmente solo gobierna en tres países de veintisiete (España, Dinamarca y Malta), donde apenas vive el 12 % de la población. En el Parlamento Europeo mantienen cierto peso gracias al sistema proporcional y a los resultados de sus delegaciones italiana, española y, en menor medida, alemana y francesa.²⁶ Su poder en Estrasburgo depende de la supervivencia de la gran coalición. La normalización de relaciones entre los populares y la extrema derecha, incluso la más moderada de Giorgia Meloni, conduciría directamente a una mayoría parlamentaria dirigida por el PPE con apoyos externos de la izquierda o de la derecha dura en función de los temas. En definitiva, el flirteo de los populares con la extrema derecha puede acabar con la socialdemocracia como gran familia política europea y convertirla en un grupo de peso mediano, similar a los liberales, verdes y extrema izquierda. Su reacción airada ante cada fisura de la gran coalición se entiende teniendo en cuenta esta fragilidad.

En junio de 2025, el diputado conservador rumano Gheorghe Piperea presentó una moción de censura contra la Comisión Von der Leyen II. De salir adelante, obligaría a la Comisión entera a dimitir. Se trata de un precio muy alto para un trámite relativamente fácil de lanzar, ya que para presentarla solo es necesaria la firma de 72 eurodiputados (el 10 % del total). La estabilidad del sistema está protegida por dos barreras: la propuesta requiere dos tercios de los votos emitidos que representen al menos a la mitad de la eurocámara. Para poner fin anticipado al mandato de Von der Leyen harían falta al menos 360 votos a favor y, en ese caso, que no hubiera más de 180 en contra. En julio de 2025, 175 eurodiputados votaron a favor de tumbar a la Comisión, 360 en contra y 18 se abstuvieron. Socialdemócratas y

26 Estas delegaciones nacionales se componen de 21 eurodiputados, 20, 14 y 13, respectivamente.

liberales aprovecharon la histórica moción de censura para afear a Von der Leyen que su partido, el PPE, se asociara con la extrema derecha y para exigirle algunas contrapartidas en gasto social y un renovado compromiso con el Pacto Verde Europeo. En esa votación fue muy destacada la división interna de los conservadores; la delegación italiana apoyó a Von der Leyen en contra de su compañero rumano, que había impulsado la moción. En octubre de 2025, se debatieron dos mociones de censura adicionales, presentadas por la extrema izquierda y por los patriotas, respectivamente.²⁷ Aunque sin posibilidades de éxito, estos debates tensan todavía más las relaciones dentro de la gran coalición y hacen más difícil su renovación tras las elecciones de 2029.

IV. La crisis de la gran coalición en el horizonte 2029

¿Es un problema para el sistema político de la Unión Europea que la gran coalición haya entrado en crisis existencial? Para quienes promulgan el traspase directo de los conceptos del parlamentarismo nacional a la esfera europea, la decadencia de la gran coalición debería ser, por el contrario, una buena noticia. Por fin primaría en la política europea el eje izquierda-derecha en lugar del eje proeuropeísmo-antieuropeísmo. Los ciudadanos podrían elegir entre varios programas de gobierno y el ganador aplicaría el suyo apoyándose en la mayoría parlamentaria (Hix and Høyland 2022).

Este razonamiento tiene dos problemas fundamentales. El primero es tan antiguo como el propio proyecto europeo. Al tratarse de un sistema político híbrido, las lealtades nacionales siguen pesando enormemente y es difícil que se dé el arriba referido «consentimiento de los perdedores». Si ya es complicado que los ciudadanos de un Estado acepten una directiva a la que su gobierno se ha opuesto en el Consejo, más todavía sería para los simpatizantes de izquierda aceptar cinco años

27 La moción presentada por los patriotas obtuvo el apoyo de 179 eurodiputados contra 378 y 37 abstenciones. La moción presentada por La Izquierda obtuvo el apoyo de 133 eurodiputados contra 383 y 78 abstenciones.

de rodillo parlamentario de una coalición de derechas incluyendo ultras. El riesgo de alienación respecto al proyecto europeo sería muy alto, exactamente igual que si en el futuro una coalición de socialdemócratas, verdes y extrema izquierda consiguiera alcanzar 360 eurodiputados e impusiera su agenda toda una legislatura. No parece realista confiar en el «consentimiento de los perdedores» fuera del ámbito nacional.²⁸

El segundo problema tiene su origen en la crisis económica de 2008 y en la consiguiente explosión de fuerzas populistas. Los argumentos de Hix y otros a favor de aplicar la lógica gobierno-oposición al Parlamento Europeo afloraron en los optimistas años noventa, cuando las fuerzas antisistema eran muy minoritarias y la oposición a la Unión Europea no estaba políticamente organizada. Por el contrario, en los últimos quince años han ganado fuerza partidos que ponen en cuestión los cimientos de la democracia liberal y de la construcción europea como proyecto geopolítico de futuro. Asimilar unas coaliciones a otras como si fueran equivalentes pone en riesgo la viabilidad del sistema justo cuando van ganando fuerza los partidos cuyo objetivo es su demolición.

Además, en la Unión Europea no hay una cadena de mando del gobierno a su grupo parlamentario como en el caso de las democracias nacionales. La Comisión Europea –el gobierno, valga la simplificación– no controla la línea de actuación de su principal apoyo en el Parlamento Europeo. Para ser reelegidos en 2029, los eurodiputados del PPE no dependen de Von der Leyen sino de sus líderes nacionales. Por consiguiente, se sienten libres de asociarse con quien consideren oportuno para formar distintas mayorías en función del tema que se vote. Están pensando en su reelección con criterios de política nacional. Como respuesta, socialdemócratas y liberales solo tienen el recurso de penalizar a la Comisión negándole el apoyo en asuntos clave. Mal calculadas, la acción y la reacción pueden perjudicar al conjunto de la Unión Europea y a los partidos de la gran coalición.

28 Una de las razones de la actual crisis de la democracia liberal es precisamente la ausencia de consentimiento de los perdedores incluso en la esfera nacional.

El primer año de legislatura ha sentado las bases de los cuatro siguientes. Populares, socialdemócratas y liberales han votado juntos en el 88 % de los votos nominales. El PPE ha formado una mayoría alternativa con la extrema derecha en votaciones de gran valor político pero sin coste legislativo. Es decir, a la hora de sacar adelante los textos, la gran coalición sigue siendo una máquina bien engrasada. Sabedor de la importancia de la estabilidad política y económica en un mundo volátil, todo indica que el grupo popular europeo mantendrá su voluntad conciliadora en las votaciones y su primer reflejo seguirá siendo buscar apoyos a su izquierda. Sin embargo, cuando la distancia con sus socios de coalición sea insalvable y se trate de un tema sensible, no dudará en seguir aprovechando el apoyo de los tres grupos de la derecha dura, en unas ocasiones por convicción, en otras para no perder terreno electoral respecto a ellos. Podemos aventurar difíciles debates internos entre las delegaciones nacionales del PPE para dirimir en qué votaciones compensa aliarse con la extrema derecha y en cuáles puede ser contraproducente. Si bien una parte de los conservadores ha demostrado su voluntad de participar en el sistema, patriotas y soberanistas siguen siendo fuerzas de destrucción con las que es difícil contar para sacar adelante textos legislativos.

Los acontecimientos del primer año de legislatura aportan elementos suficientes para aventurar dos posibles escenarios realistas de cara a las elecciones de 2029. El primero sería una repetición a grandes rasgos de los resultados electorales de 2024, es decir, un PPE vencedor y capaz de sumar 360 diputados tanto con la gran coalición como con la «mayoría Venezuela». El segundo sería un ascenso significativo de los tres grupos de extrema derecha, que llegarían a dificultar matemáticamente la reedición de la gran coalición.

En el primer caso, con unos resultados similares a los actuales, primaría una vez más el eje proeuropeísmo-antieuropeísmo. Socialdemócratas y liberales tendrían que aceptar que el acercamiento puntual del PPE a la extrema derecha no le habría pasado factura, por lo que si quisieran seguir influyendo en las posiciones del Parlamento

se verían obligados a aceptar un papel secundario en la coalición y los flirteos de los populares con la «mayoría Venezuela». Dado su papel histórico de socio menor en la gran coalición, es probable que los liberales se conformaran con ese papel subalterno. Por el contrario, los socialdemócratas no pueden renunciar a ser fuerza de gobierno y se verían ante un difícil dilema: tanto un papel secundario respecto al PPE como una actitud combativa podrían diluir su mensaje y abocarlos a la marginalidad en 2034. Por su parte, los tres grupos de la extrema derecha habrían tocado techo y afrontarían el mismo dilema que liberales y socialdemócratas pero viniendo desde el extremo contrario: o bien seguir siendo fuerzas mayoritariamente destructivas (como PfE y ESN), a riesgo de no influir en las decisiones, o imitar la estrategia de la delegación italiana de ECR, a riesgo de ser absorbidos por el PPE. Mantener el *statu quo* es obviamente el horizonte más favorable a los populares.

El segundo escenario, un ascenso significativo de los tres grupos de extrema derecha, recuerda al cuento del pastor mentiroso, ya que se ha apuntado como seria posibilidad desde las elecciones de 2014 y nunca se ha materializado. Sin embargo, con los números en la mano, puede ocurrir. Como las ausencias y deserciones en el Parlamento Europeo son más frecuentes que en los parlamentos nacionales, un descenso moderado desde los 399 escaños que ahora suman populares, socialdemócratas y liberales sería ya suficiente para impedir la reedición de la gran coalición en 2029. El gran dilema se le plantearía al PPE. Una opción sería erigirse en líder de una nueva gran coalición europeísta que esta vez tendría que abarcar también a los verdes de manera estable. Ello provocaría la deserción de algunas delegaciones nacionales hacia grupos de la derecha dura y le pondría en dificultades de cara a las elecciones de 2034. La alternativa sería una apuesta decidida por la «mayoría Venezuela»: primar coincidencias programáticas en seguridad e inmigración y tratar de limar diferencias que parecen insalvables en economía, funcionamiento de la Unión Europea y principios básicos de la democracia liberal. El aumento significativo de la extrema derecha en

las elecciones europeas de 2029 implicaría que a esas alturas también habría aumentado su peso en el Consejo. Estaríamos en *terra ignota* en la historia de la Unión Europea, con una influencia determinante de partidos que no creen en el proyecto o lo quieren transformar de raíz, renacionalizando ciertas políticas y reduciendo el presupuesto común. Paradójicamente, el éxito de partidos antieuropeístas podría estructurar la política europea en torno al eje izquierda-derecha como si se tratara de una democracia nacional según el modelo federalista.

V. Conclusión

El éxito de la extrema derecha y la caída de la izquierda en las elecciones de 2024 cambiaron por completo la configuración del Parlamento Europeo. Por primera vez la gran coalición no era necesaria para ganar las votaciones. El PPE se convertía en el líder indiscutible de la cámara por su posición central en el hemiciclo, lo que le permitía formar mayorías a su derecha y a su izquierda. Los socialdemócratas percibieron el riesgo de convertirse en un grupo más del catálogo de socios del PPE e intentaron instaurar un *cordón sanitario* a los tres grupos de la extrema derecha. Los populares reaccionaron con una estrategia muy medida adaptada a cada situación: en el 88 % de los votos nominales han votado con sus socios de la gran coalición –es decir, una alianza proeuropeísta en el eje pro o anti-UE–; a la hora de elegir varios cargos de la Eurocámara vetaron a patriotas y soberanistas pero no a los conservadores, y cuando les ha interesado pactar la agenda del Pleno o alguna moción políticamente sensible han sumado con los tres grupos de la derecha dura orillando al resto –es decir, una alianza derechista en el eje izquierda-derecha–.

Por tanto, en lo que se refiere a la actividad legislativa, la gran coalición sigue gozando de buena salud. Sin embargo, socialdemócratas y liberales no pueden dejar pasar ni un solo acuerdo fuera de la gran coalición, ya que normalizar los pactos a la carta por parte del PPE les haría perder su posición privilegiada como fuerzas de gobierno. Además,

a raíz de la generalización del uso de las redes sociales, la política actual se ha convertido en un teatro donde es más importante escenificar las diferencias que llegar a acuerdos pragmáticos, de ahí que cada voto sea más importante por lo que aparenta que por lo que decide.

El primer año de legislatura ha dejado claro que el eje izquierda-derecha, común a todos los sistemas políticos nacionales, está ganando peso en el Parlamento Europeo en detrimento del eje proeuropeísmo-antieuropéismo, dominante hasta 2024. Sin embargo, como la Unión Europea es un sistema político híbrido entre un estado federal y una organización internacional, los políticos de la gran coalición no deberían dejarse llevar demasiado por sus instintos de derecha o izquierda adquiridos en la política nacional. Las dialécticas izquierda-derecha y gobierno-oposición mermarían la adhesión de la ciudadanía a la Unión Europea en un momento especialmente delicado debido a las sucesivas crisis internacionales y a la desconfianza ante las élites que se instaló a raíz de la crisis económica de 2008.

Populares, socialdemócratas y liberales están obligados a entenderse lo que queda de legislatura. Sin embargo, la situación es muy incierta de cara a las elecciones europeas de 2029. Una repetición de los resultados de 2024 reforzaría claramente al PPE y le permitiría seguir eligiendo socios de voto según el tema en cuestión. La gran coalición podría reeditarse en su versión más débil, similar a la actual. Un aumento, incluso moderado, de la extrema derecha podría desencadenar una crisis sin precedentes en el sistema político de la Unión. Sumando a los verdes, el PPE tendría muchos problemas para liderar una gran coalición todavía más débil y heterogénea, con riesgo de fugas hacia la extrema derecha. La alternativa sería resignarse a una «mayoría Venezuela» en el Parlamento y en el Consejo, lo cual pondría en cuestión los principios que han guiado la construcción europea desde su nacimiento.

VI. Bibliografía

- Anderson, Christopher J., André Blais, Shaun Bowler, Todd Donovan y Ola Listhaug (2005): *Losers' Consent: Elections and Democratic Legitimacy*, Oxford, Oxford University Press.
- Hix, Simon (2008): *What's Wrong with the European Union and How to Fix It*, Cambridge, Polity Press.
- Hix, Simon y Christopher Lord (1997): *Political Parties in the European Union*, Nueva York, St Martin's Press.
- Hix, Simon y Bjørn Høyland (2022 [1.ª ed. 1999]): *The Political System of the European Union*, Londres, Bloomsbury Academic.
- Majone, Giandomenico (2002): «The European Commission: The Limits of Centralization and the Perils of Parliamentarization», *Governance*, 15(3), 375-392.
- Schumpeter, Joseph A. (2008 [1.ª ed. 1942]): *Capitalism, Socialism and Democracy*, Nueva York, Harper Collins.
- Varela, Ignacio (2025): «Tiempos modernos: la extrema derecha en Europa y en España», *El Confidencial*, 3 de octubre de 2025, https://blogs.elconfidencial.com/espagna/una-cierta-mirada/2025-10-03/extrema-derecha-europa-elecciones-1hms_4220963/